

REVERENDA MADRE

No, no es una grosería lo de reverenda madre, muy al contrario, se trata de una monja que le pido a otra un cuidado: “Hermana Engracia, Hermana Engracia, que se sube la leche” ¿Cuántas veces habré escuchado por la radio este anuncio de un rompopo? Miles de veces y nunca me cansó. Y no me cansó porque siempre disfruté de la voz de Doña Pura Córdoba. A ella la escuché en programas de radio, en radionovelas y en quién sabe cuántas otras cosas, siempre con una entonación cálida, una dicción impecable, un ritmo perfecto. Pura Córdoba era una mujer alta, muy distinguida, ya no tan joven, de piel muy blanca, ojos negros intensos, porte de reina, siempre vestida elegantemente, con joyas finas pero discretas. Era un deleite verla sentada en el alto sillón de la sala, toda recta, con los pies sobre la tierra, con la cabeza erguida. Ni las malas noticias donde le decían que su hija se fue con el novio o que su madre estaba por morir de un mal cardiaco la hacían perder su compostura. La acompañé a hospitales a visitar amigos enfermos, a la cárcel para tratar de que saliera preso un hermano, a la estación del tren a despedir para siempre a un amado. Pero también la acompañé a fiestas, a reuniones donde ella decía poemas de Amado Nervo, a la iglesia donde rezaba por el amor de su novio que temía perder. Siempre era la misma y siempre era distinta según el papel que le tocaba representar, la misma pues su estilo de hablar era inconfundible, distinta pues personificaba con gran calidad a los protagonistas de las radionovelas. Un día un amigo, por llamarlo de algún modo, conociendo mi admiración por esta mujer me trajo una fotografía de ella. Mira a tu Reverenda Madre, me dijo poniéndome en la mano el retrato, no es, continuó, esa mujer tan bella que me has platicado; ésta ni es alta, ni elegante, menos tiene esos ojos negros y el porte del que me presumes tanto. Un largo rato contemplé la foto en blanco y negro, moví la cabeza negativamente y se la regresé. Ella no es. Pura Córdoba es...Es ella, afirmó Roberto, que así se llamaba, mira, abajo aparece el nombre. No es, ésta es una impostora, recalqué. Pura Córdoba es una mujer bella, alta, de hermosos ojos negros. Estás mal de la choya, me afirmó él volviendo a poner la foto frente a mis ojos, mírala, ésta es. Y no, no era. Mi Pura Córdoba es la que yo imaginé y vi en mi mente durante años y no ésta tomada en quién sabe dónde. ¿Cuál tiene más valor, cuál es más real? La de mi mente, por supuesto. Pueden traerme un álbum completo de fotos de la que se hace pasar por ella y jamás me

convencerán que es la mía. La de la foto es una mujer que dicen actúa en la radio y nada más. Mi Pura es la Reverenda Madre, es María, es Leonor, es la madre sufrida, es la bella enamorada, la...Cómo quieren que la mujer de la foto sea todo eso. No, la mía es la que aprendí a imaginar por medio de la radio e igual que a ella imaginé multitud de personajes, construí ciudades, recámaras, salas, escuelas, cárceles, ranchos. Ahora quieren comparar a la televisión y al cine con el radio, dicen que es hasta mejor, que puedes ver a los artistas, los lugares, los colores, los vestuarios, Y sí, claro que los puedo ver pero a costa de terminar con mi imaginación y ella para mí es más importante. Quiero seguir viendo y que los demás vean en su mente a nuevas Puras Córdoba y esto sólo se logrará volviendo a escuchar la radio. Por lo pronto salgo corriendo a ayudar a la madre Engracia para que no se le derrame la leche pues ya subió las tres veces necesarias.

Marzo 2008